No hay que hacerse ilusiones ni que caer en pesimismos destructores. Ni debemos esperar milagros de ningún gobierno de los países imperialistas, el de Roosevelt inclusive, ni la falta de mercados exteriores para el petróleo mexicano desquiciaría la economía de nuestro país, mucho menos en el breve plazo que la reacción lo asegura. México sigue siendo débil y apenas empieza a dar los primeros pasos para dejar de ser una semicolonia. Aunque en forma relativamente distinta y no con tanta agudeza todavía estamos en las redes del imperialismo, particularmente del norteamericano. Sin embargo, el imperialismo necesita de nuestro petróleo. Si no forzamos la situación, el problema de la exportación aceitífera puede solucionarse. El secreto, el gran secreto, consiste en esperar un poco. Para ello tenemos elementos suficientes. Pero es urgente, primero, que la burguesía mexicana detenga la gran ofensiva de alza de precios y reajustes y retracción de los negocios que ha iniciado. Se requiere, en segundo lugar, que el gobierno y la clase obrera organizada ahoguen por todos los medios posibles la gran campaña desmoralizadora de los órganos de publicidad al servicio de la reacción.

Pedir tales cosas no es pedir ningún imposible, no es, siquiera, exigir ningún sacrificio. Los capitalistas del país pueden hacerlo, y deben comprender que al amainar en su ofensiva antipopular se beneficiarán. El hecho de que el valor de la exportación petrolera no haya constituído hasta hoy un verdadero ingreso para la economía de México significa que lo único que hace falta es prudencia y comprensión verdadera y fría de la realidad. Además, durante los últimos años el consumo interno de petróleo y sus derivados ha venido aumentando en un veinte por ciento anual, cosa que demuestra que si no hay factores psicológicos desfavorables, la industria petrolífera puede subsistir y aún desarrollarse en cierto grado. Por si algo faltara, en la actualidad tenemos el problema de la falta de energía eléctrica, a la producción de la cual pueden destinarse importantes cantidades de combustibles, mediante la instalación de plantas termo-eléctricas, que técnicamente son más convenientes, en muchos casos, que las hidráulicas y que, por añadidura, requieren capitales mucho menores que las segundas.

Si en esta forma se constituye un frente que resista la acometida del imperialismo, hay grandes probabilidades de que se solucione favorablemente el problema de que aquí nos hemos ocupado. Entonces todos los países querrán comprar el petróleo mexicano, y hasta el tan traído y llevado "gobierno de su majestad" podrá ser nuestro cliente. Entonces se podría vender parte del petróleo al Japón, a Alemania, a Italia, a quien conviniera. Nada más que en semejante coyuntura ya no habría por qué hacerlo, pues se habrían dado las condiciones básicas para que México reafirme (caso UNICO en el mundo) su negativa a contribuir con los productos de su suelo para las empresas salvajes e inhumanas del fascismo. Poder hacerlo así es naturalmente, uno de los más altos y nobles deseos del pueblo revolucionario de este "petit pays chaud", como despreciativamente nos llaman los agentes del imperialismo francés.

No obstante, el imperialismo tiene recursos más poderosos que los nuestros; posee medios para esperar más largo tiempo que México. Es de creerse que no lo hará, porque la espera le sería muy costosa. Si contra toda lógica llevara su capricho hasta el extremo, entonces sería necesario que nos jugáramos hasta la carta que ahora rechazamos, pues, entiéndase bien, lo que hemos dicho es porque creemos que todavía tenemos bases firmes para jugar la carta a tiempo. Ahora es todavía conveniente que no se venda el petróleo a los fascistas. Si fuera indispensable, a su hora, cuando se hubiera recurrido a todo lo que se puede recurrir, habría que cambiar de opinión. El mundo entero debe saber que si los "imperialismos democráticos" cierran a México todas las posibilidades y obligan al gobierno del Presidente Cárdenas a hacer lo que no quiere hacer, esto es, a vender el petróleo a quien se lo compre, así sea a las potencias fascistas, en este caso, decimos, México procedería en contra de su voluntad y sin que ello significara que abdicara de su programa. Semejante proceder se seguiría única y exclusivamente por razones de conservación biológica. En tal caso el movimiento obrero, plenamente consciente de los peligros que la situación implicaría, tendría la obligación de respaldar al gobierno con energía; pero también de decir a las masas la verdad, toda la verdad.